

Méry: El Castillo de Udolfo (6)

— De fantasmas, es posible. Pero vos no venderíais, ni por todo el oro del mundo, el castillo de vuestros padres.

— ¡Un famoso castillo! ¡Todo en ruinas!

— ¡Son ruinas muy queridas para el corazón de un hijo! Los dos somos pobres, pero respetamos la memoria de nuestros mayores.

— Vuestros mayores eran bandidos.

— Sin duda. Pero a un hijo no le importa la profesión de su padre, sea ésta cual fuere. Lo venera y lo respeta, no le interesa el nombre con que la sociedad lo haya calificado.

— Principios bien singulares. En fin, ¿Podría hablar yo mismo con el nieto de Montoni?

— Desayuna en este momento en la casa de su primo Vilbargio.

— Perugino, hazme el servicio de ir a decirle que quiero hablar con él.

El pastor dejó a John Lewing forcejeando con un tendón de mortadela y salió a buscar al nieto de Montoni.

Montoni hizo su aparición. Era un hombre joven de unos treinta años, de apariencia huraña. Iba vestido a la usanza de un noble empobrecido del siglo dieciséis. Sus harapos revelaban un antiguo esplendor. Llevaba una espada colgando en una vaina de cuero, sembrada de tachas de un color verdoso y sus botines habían perdido las suelas en algún lugar de los Apeninos.

— Ahí tenéis a mi noble amigo — dijo el pastor.

Montoni saludó con dignidad. Lewing se inclinó con la cortés indulgencia de un francés.

— Señor Montoni, ¿sois vos, según me ha dicho Perugino, el propietario del castillo de Udolfo?

— Sí señor y me honro de servirlo — respondió Montoni con un acento varonil, fuertemente pronunciado.

— ¿Quisierais venderlo?

— ¡Venderlo! ¿Y qué diría la nobleza italiana si supiese que he vendido la cuna de mis padres?

— Sin faltar el respeto a vuestros padres, os ruego que observéis que su cuna está en muy mal estado, y no creo que su venta escandalice a la nobleza italiana. Consideradlo, Montoni, me parecéis un hombre poco afortunado. Yo soy diez veces millonario y puedo daros por vuestras ruinas el precio de lo que valen. Decidme cuanto.

— Si consintiera en un acuerdo semejante sería tan solo con el objeto de enriquecerme en un instante, para dar a mi nombre el lujo, el esplendor, el brillo que tuvo en otro tiempo. Y os digo francamente que jamás vendería mi castillo a un precio vil y mezquino, indigno tanto de él como de mí mismo. Aunque podría ceder, ciertamente con gran repugnancia, ante una suma de alto valor. Dadme cien mil escudos y me resignaré, desgarrado de dolor, a abrazar a mi Udolfo por última vez.

— Apretad estos cinco, señor Montoni, Udolfo ya es mío.

— Solamente, milord, os ruego que me sea permitido ir a expirar en él mi dolor,

si mi vida llegara a ser una terrible carga a causa de esta transacción.

— Todo lo que queráis. Pero no expiréis.

— Sí expiraré.

— ¿Dónde tenéis los títulos de propiedad?

— En Siena. Allí poseo un castillo llamado Filangieri, por mi abuelo materno. El nombre de Montoni ha sido proscrito en Toscana. Dadme tres días de plazo para vestirme como corresponde y os estaré esperando en Siena, en la Piazza del Campo, al mediodía.

— Yo escribiré entre tanto a mi banquero de Florencia.

— Adiós, noble lord.

— Adiós, señor Montoni. Adiós Perugino.

Tres días después de esta entrevista, las ruinas de Udolfo pertenecían a John Lewing.

El viajero no cabía en sí mismo de su alegría. Imbuido por su impaciencia de nuevo propietario, montó a caballo y se dirigió hacia ellas al galope.

— ¡Qué dulce noche la que me aguarda! — decía, mientras marchaba a toda carrera — ¡Cómo voy a disfrutar de esta noble velada! Quizás presenciaré cosas que antes no había visto. A los fantasmas, como es sabido, les encanta la variedad. Daría de buena gana otras cien guineas por escuchar nuevamente la romanza de Laurentina.

Al caer la noche llegó a las ruinas de Udolfo. Todo estaba como en la víspera. Ató su caballo de un árbol y corrió a ocupar su puesto en el aposento de Emilia.

Las tinieblas no tardaron en cernirse sobre las cimas de los montes; parecían tan cerradas y amenazantes, que producían escalofríos.

— ¡Ah! — dijo Lewing — se acerca por aquí algo horroroso e imprevisto: una declaración de guerra del infierno. Estoy listo para recibirla.

Habiendo dicho esto se tendió en la cama, henchida su alma de alegría y resolución, atento el oído a los ruidos de afuera, el ojo bien abierto e impaciente de curiosidad. Con cada murmullo de la noche se incorporaba y exclamaba ansiosamente:

— ¡Ah! Ya está por comenzar.

Pero nada comenzaba y volvía a tomar su posición horizontal. Jamás enamorado alguno, pendiente de un encuentro con su amada, estuvo tan impaciente como John Lewing con sus fantasmas.

Hizo sonar su reloj de repetición ⁽¹⁾ y dio las doce menos cuarto.

— ¡Bien! — dijo —, la hora se acerca. Seamos justos y no acusemos a nadie. Si el reloj de esos señores coincide con el mío, tal como debe ser, sólo me quedan quince tediosos minutos de espera. ¡Oh, qué largos parecen en la noche, esos quince minutos!

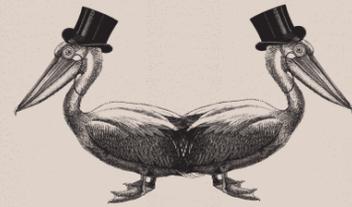
Continuará...

(1) Reloj mecánico que, al accionarse un pulsador o gatillo, permite hacer escuchar las horas, los cuartos de hora y aún los minutos. Resulta muy útil para saber la hora en la oscuridad y para personas ciegas o cortas de vista (*N. del Tr.*).

(*) JOSEPH MÉRY (1797-1866): «Le Château d'Udolphé», publicado en *Les nuits anglaises. Contes nocturnes* (Michel Lévy Frères, París, 1853).

Trad.: J.C.O.

DAZET



Nº 23 - BUENOS AIRES/2018 - GRUPO SURREALISTA DEL RIO DE LA PLATA

Principia tremor.

¿Quién no se ha matado de risa alguna vez escuchando sus propias elucubraciones? «El que solo se ríe, dice el refrán, de sus travesuras se acuerda». Pero acaso no únicamente de las suyas, sino también de las ajenas. De este modo me veo a mí mismo, hacia los 16 o 17 años, revolviendo los cajones de un escritorio en la tarima de los profesores, durante los recreos en el aula de un colegio secundario, para encontrar solamente un pequeño recorte de papel en el que alguien, anónimamente, había escrito esta frase:

«Madre olfa, padre manyaoreja».

— *Manyoreja* proviene del italiano «mangiare» (comer), vale decir que se refiere a un individuo que se alimenta de orejas. En cuanto a *olfá*, en el argot o lunfardo rioplatense, es sinónimo de cretino. Remite, entonces, a una cierta forma de debilidad mental.

Un primer contacto con ese humor enajenado, malicioso y siempre independiente frente a la consideración de los pilares fundamentales de la familia, o, digámoslo con toda claridad, de las *instancias parentales*, hallado por añadidura en el espacio de una institución educativa al despertar de la pubertad, reviste inequívocamente un carácter iniciático. Y es al mismo tiempo una demostración de que nunca se elige el surrealismo de una manera consciente o simplemente voluntaria, sino que más bien es el surrealismo quien te elige. Esto desecha toda posibilidad de dogmatismo o sujeción a una doctrina cualquiera: no se trata de una letra que con sangre deba penetrar, sino que éste brota inefablemente bajo determi-

nadas condiciones y circunstancias.

Por cierto que hay sujetos que se hallan perfectamente dotados para la provocación. Antaño un joven amigo gustaba, al caminar por la calle, de extraer inesperadamente un encendedor y presionar por detrás, con uno de sus extremos, el rodete de cualquier anciana desconocida que transitara. Otro, estudioso de las ciencias ocultas (venía de tomar unos primeros rudimentos del árabe para poder leer grimorios de fuentes directas), de pronto se aparecía en una panadería y, con toda naturalidad, como si se tratara de un viejo confidente, se dirigía al primer cliente ocasional que viera esperando ser atendido. Comenzaba diciendo:

— Hoy no te has afeitado...

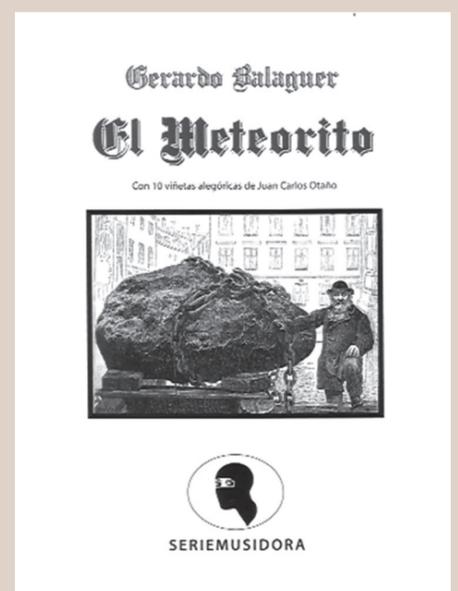
Otros (eran dos) se llamaban por sus nombres de pila en medio de la multitud, como si no supieran que iban juntos y se hubieran perdido o desenchado. Lo que, en perspectiva, no deja de evocar aquella paradoja del encuentro y el desencuentro, expresada en el diálogo de Groucho Marx que Robert Benayoun recoge en su libro sobre el «nonsense» (*):

— ¿No nos habíamos visto antes, en Buffalo?
— No lo creo. Nunca he estado allí.
— Yo tampoco. Debieron haber sido otros dos.

Desde ya que no todo el mundo está preparado para participar de esta clase de práctica sublunar. En ocasiones se toma muy a mal y termina peor. Pero lo que

(*) *Les dingues du nonsense*, Baland, coll. Virgule, París, 1977, 1984 (pág. 29).

RECIENTES PUBLICACIONES DE SERIEMUSIDORA:



→

importa verdaderamente, es que siempre se trata de irrupciones inesperadas, o deslizamientos que actúan sobre la dura corteza de los hechos consumados — de los hábitos adquiridos de lo «real» aparente —, teniendo la rara cualidad de modificarlos al igual que lo hacen en la Tierra las llamadas placas tectónicas. Son los procesos de *subducción* que, en unos casos provienen del cinturón de fuego del Océano Pacífico, y en otros del puro magma del inconsciente.

Pero, volviendo hacia atrás, hasta el ejemplo del amigo del encendedor, él siempre se divertía al escuchar la canción «Kashmir» interpretada por Led Zeppe- lin, diciendo que apreciaba sobremanera su calidad «elefantiásica» («elefantina», tal vez quería decir). Por lo que sospecho que estas peculiares naturalezas obtienen su inspiración de las fuentes más insos- pechadas, que actúan para ellas como auténticos vasos capilares aportándoles oxígeno y nutrientes.

*Nos estamos moviendo a través de Cachemira
Oh, padre de los cuatro vientos llena mis velas
Cruza el mar de los años.*

Podría ser tal vez una canción, un sue- ño, una frase oída al pasar, un súbito re- cuerdo; o a veces el hastío de una tarde



LA LARGA MARCHA

transcurrida en los sórdidos pupitres es- colares, en las horas muertas o en la cer- teza de un tiempo perdido en absurdas e inútiles rutinas, lo que despierta en ellos un cierto humor irresistible.

Entonces no hace falta ser un Thomas Warton, ni la reina de Montmartre, para rendirse ante la evidencia de qué clase de delicias suscitan esos estados saturninos:

*Pocos saben que Elegancia, de alma refinada
y suave sensación,
Siente una más rápida alegría por las escenas
de la Melancolía.
Que el orgullo aburrido,
De insípido esplendor y magnificencia,
No puede pagar (*).*

JUAN CARLOS OTAÑO

(*) THOMAS WARTON, *The Pleasures of Melancholy. A poem*, 1747.

Recuerdos de la exposición gaditana.

Galería Navas, c/Navas, Cádiz (30 de abril de 2018).

Como a veces no basta con decirlo sino que también hay que demostrarlo, publicamos algunos documentos que testimonian nuestra modesta contribución a la exposición reali- zada en Cádiz, el pasado 30 de abril.

**LA GENTE SE TATÚA
CUANDO ESTÁ NERVIOSA**



**LA CALLE ES PARA TODOS
NO SOLAMENTE
PARA LOS
GRANDES
MERCADERES**



**CEREBROS PERFORADOS
Y MAGNETIZADOS POR EL
ODIO A LA CABALLA CON
PIRIÑACA**



**¿EN QUÉ CABEZAS
PUEDE SOSTENERSE
JUSTIFICAR ESTE
MARTIRIO DE MADRES
EMBARAZADAS?**



**DEBERÍAIS HACER
COMO LAS PALOMAS
QUE APRENDIERON
A VOLAR
PERO NO SE OLVIDARON
DE CAMINAR**



**COLONIZACIÓN
PEDAGÓGICA
A LOS INTELCTUALES
POSTMODERNOS**



**UN PAÍS
SE CONQUISTA
Y ESCLAVIZA
O BIEN POR LA ESPADA
O BIEN POR UN
ESPÁRRAGO**

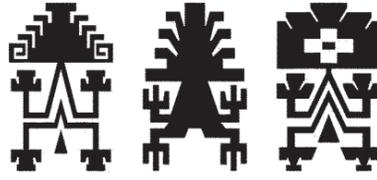


INSTANTÁNEA CAPTURADA POR BRUNO JACOBS, ORGANIZADOR DEL EVENTO Y CURADOR DE LA MUESTRA.



GERARDO BALAGUER
Duniya ya bayyana.

GERARDO BALAGUER
Mozart en cadena estereoscópica.



«EL PRIMER HOMBRE», EN EL SIMBOLISMO ARAUCANO.

El sueño y la vigilia.

Una misma realidad tiene muchos aspectos, el hombre habitualmente conoce sólo dos: la realidad ordinaria, la del mundo que lo rodea cuando está despierto, y la realidad no ordina- ria, percibida en los sueños.

El mundo de los sueños es sólo uno de los muchos niveles de la realidad no ordinaria.

Todo ser o cosa tiene un aspecto en la reali- dad ordinaria o cotidiana, por ej.: una piedra: pero esa misma cosa tiene a su vez otro u otros aspectos muy distintos en los diferentes niveles de la realidad no ordinaria. Siguiendo el ejemplo de la piedra, ésta será «una pie- dra» en la realidad ordinaria, pero en cambio en uno de los distintos niveles de la realidad no ordinaria ya no será una piedra sino una «lagartija», y en otro nivel un «enano con alas».

El ser sigue siendo el mismo lo único que varían son sus características acorde al nivel ontológico en que se manifieste. O sea que la piedra, la lagartija y el enano alado son el mis- mo ser aunque con distintos aspectos, según el plano de referencia que se tome.

AUKANAW, *La ciencia secreta de los mapuche.*

Pasas.

Atraviesas el cristal arrastrando sin esfuerzo el invisible tapiz de diamantes

avanzas discreta con tus finas manecillas y la calle se adormece oscila y se disfuma

con una estridencia de persianas metálicas

con el perfume de la infancia que busca las estrellas perdidas

con el flujo de los rostros devueltos a la noche

Tus ojos son liebres a la hora del rocío

Tus manos arena del verano

Caigo en tu aliento nado en tu murmullo

pero tú pasas como una tea en llamas

MAURICE HENRY